

EL CORREO DE LA REVISTA

Apreciado amigo:

El día 23 de abril del año en curso falleció en París Alejo Carpentier. Pocos días antes, habían muerto Roland Barthes y Jean Paul Sartre, mientras agonizaba en larguísimo trance el mariscal Tito, en Yugoslavia.

En esta ocasión, desearíamos imponer un cambio a la presente, y así en lugar de multiplicar sus informaciones a tantos temas cuantos es posible percibir en un lapso determinado en los campos de las ciencias, las artes y la técnica, centraremos la atención en un solo asunto. Este no será otro que la persona de Alejo Carpentier quien, conjuntamente con Miguel Angel Asturias, desde sus años de París a fines de los 30, iniciaron la transformación de la novela hispanoamericana.

La tarea consistirá en reproducir algunos juicios u opiniones en torno al ilustre desaparecido, provenientes de diversos autores, todos ellos atentos a los pasos de quien según decir de César Leante, “mantuvo su posición (revolucionaria) hasta el último momento de su vida”.

En seguida hemos de glosar lo conducente que incluye Luis Harss en Los nuestros (Editorial Sudamericana), en el capítulo titulado “Alejo Carpentier o el eterno retorno”. Leemos: “En su arte y su persona, Carpentier es algo así como un prototipo del intelectual latinoamericano: un injerto aclimatado al medio, pero culturalmente híbrido; fórmula característica de una sociedad que, como él dice, es el producto, en todos sus niveles, de la simbiosis y el mestizaje”.

Por su lado, Manuel Blanco, en “Vacío literario: Alejo Carpentier: el Siglo de las luces”, afirma: “Alejo Carpentier es al mismo tiempo precursor y vanguardista fundador y adelantado a su época. Pertenece a una generación que intuyó y empezó a materializar el antiguo sueño de una literatura latinoamericana enraizada en la vitalidad del pueblo y en sus posibilidades de expresión e identidad nacional. Porque como sucede con los procesos sociales, nada surge espontáneamente, Miguel Angel Asturias en Guatemala, Marechal en Argentina, Guimaraes Rosa en Brasil, Yáñez, Rulfo y Revueltas en México, son algunos de los nombres”. (El Nacional, 28/1V/1980).

“Nació en La Habana, en 1904, de padres que hablan anclado en Cuba hacia sólo dos años: un arquitecto francés y una madre rusa que había estudiado medicina en Suiza. De ellos parece haber heredado tanto como de los maleficios del Caribe. Definió pronto su camino y siguió lo que puede describirse como un itinerario clásico. El ambiente escéptico del hogar reflejaba el liberalismo algo idílico de una era que, según recuerda, se guiaba por la estrella de Anatole France. Los esplendores teatrales de la vieja Habana sirvieron de telón de fondo al drama.” (Luis Harss, Ib.)

El profesor José Vázquez Amaral en “Carpentier, con los pantalones largos” (Diorama, Exceisor. 4/V/1980) registra: “Con Carpentier bien se puede decir que la novela hispanoamericana empezó a llevar pantalón largo. Los surrealistas especialmente André Bretón, le enseñaron que la América Latina principalmente México, era un país mágico, incongruente y paradójico. No sé si habrá conversado alguna vez con el inglés Onslow Ford, que fue uno de los europeos que afirmaron aquí y allá lo maravilloso de la ciudad palacítica, la capital mexicana en una laguna. (...) Porque nosotros, los latinos de América estamos acostumbrados al país de las mil maravillas, ha sido menester que llegue a nuestras playas alguien que se quede pasmado ante lo vasto y variado de nuestra geografía, para que nos diga que toda Europa cabe en el dedal de Apíérica. Los conquistadores españoles enloquecieron buscando el Finisterrae o El dorado, que es lo mismo. Los surrealistas encontraron lo que ellos imaginaban era el pan nuestro de cada día en América”.

Continúa Harss: “Su primer amor, seguramente bajo la influencia paterna, pareció ser la arquitectura. Pero al poco tiempo los acontecimientos lo lanzaron al periodismo. Para él significó no sólo abrir una puerta a la acción sino también perpetuar un gesto instintivo en nuestra literatura. Cuba entraba en la noche de la dictadura, y fatalmente revivía la lucha secular. Hacia 1924 vemos a Carpentier convertido en jefe de redacción de la revista Carteles. Desde allí libra su batalla que se interrumpe en 1927 cuando el joven entusiasta va a dar a la cárcel -durante seis meses- por haber firmado un manifiesto contra Machado. Hoy habla con orgullo de ese manifiesto, premonitorio en sus contornos generales de los principios de la revolución

cubana. En 1928, libre ya, pero bajo interdicción de dejar el país, comenzó a pensar en el exilio. Estaba en vísperas de una larga peregrinación. Con la ayuda de un amigo, el poeta francés Robert Desnos, que visitaba Cuba en ese momento, huyó a Francia -los documentos de identidad de Desnos en mano- donde lo recibieron con toda la fanfarria de lo que llama, complacido, una 'recepción diplomática'. Pensaba quedarse en París un par de años, hasta que amainara la tormenta en Cuba. En cambio, se quedó allí once años".

Para conocimiento de tu persona, lector amable, en caso de que no contaras con el dato todavía, hacemos de tu conocimiento que en 1972 se publicó en Buenos Aires el libro *Historia y Mito* en la obra de Alejo Carpentier. El cuerpo de autores lo forman Zulma Palermo, Klaus Müller-Bergh, Edelweis Serra, Graciela Perosio, Ray Verzasconi, Graciela Maturo y Susana Poujol. Edit. Fernando García Cambeiro. Colección Estudios Latinoamericanos, que dirige Graciela Maturo. En dicha obra corre el ensayo de K. Müller-Bergh, titulado "Alejo Carpentier: autor y obra en su época". En él nos enteramos que Carpentier a los 12 años empieza a escribir novelas y cuentos influidos por Salgari y France. En el mismo ensayo leemos que cursa teoría musical en París y llega a ser en sus propias palabras "un pianista aceptable", aunque confiesa que su "...formación musical es más bien autodidacta: asistencia y ensayos, convivencia con músicos..." y considera que "...todo escritor debe tener conocimiento de un arte paralelo, pues eso enriquece su mundo espiritual".

De particular interés resulta que en 1926, invitado por el gobierno mexicano, asiste a un congreso de periodistas. Aquí conoce a Carlos Pellicer, a Jaime Torres Bodet, a José Clemente Orozco y traba estrecha amistad con Diego Rivera.

Informa Müller-Bergh que "Desde su llegada a París, en 1928, Carpentier, presentado por Desnos, ingresa en el movimiento surrealista que junto con el vanguardismo ha de influir poderosamente en su obra. André Breton le invita a colaborar en la *Revolution surréaliste* donde conoce a Louis Aragon, Tristan Tzara, Paul Eluard, Georges Sadoul, Benjamin Péret, y a los pintores Giorgio de Chirico, Yves Tanguy y Pablo Picasso. Viene a escribir cuentos surrealistas como *El estudiante*, que entrega a corregir a Robert Desnos, cuyos ensayos a su vez traduce al español y publica junto con otras traducciones de Jean Giono debidas a la pluma de Félix Pita Rodríguez. Los artículos de Desnos, Giono y otros escritores franceses traducidos al español, aparecen en una pequeña revista en 1931, *Imán*, cuyo jefe de redacción es el mismo Carpentier, sufragada por la escritora argentina Elvira de Alvear. Aunque la revista "de la cual apenas se editó un solo número en París", tuvo muy escasa circulación, es curioso constatar que Carpentier, por medio de Rafael Alberti, conoce la poesía de Pablo Neruda, quien le manda el manuscrito de *Residencia en la tierra* desde Java. Se le pagan los derechos de autor a Neruda. Pero como Imán cierra las puertas cuando Elvira de Alvear regresa inesperadamente a la Argentina, Carpentier. envía *Residencia en la tierra* a Madrid donde José Bergamín lo publica en *Cruz y Raya* en 1934".

En este punto toma la palabra Luis Cardoza y Aragón: "Cuando conocí a Carpentier, hacia los treinta en París, ya tenía aspecto como de Clown con la cara recién lavada, nariz de berenjena, voz que parecía remedar la de otro, cubanismo de sangre gala y esteparía henchida de bongos y manglares, montparnasiano habanero docto en ñañigos, sobrio pero con pinta de ebrio tranquilo. Corpulento, con manos que pertenecían a un luchador más alto que él, nació visionario melancólico y optimista. Barroco, insistió en sus estipes, con fluidez discursiva en amplios periodos magistrales. Así su cultura y su imaginación reflexionaron y crearon con exactitud que, en las páginas de más valla, que son muchísimas, no se despeña en preciosismos, en estilística". ("Sábado", suplemento 130 de *Uno más Uno*. 3/VI 1980).

El peruano Manuel Scorza, escribe desde Lima (18 de mayo -Especial de IPS). "Si la literatura latinoamericana es, como sostengo, el primer territorio libre de América Latina, Alejo Carpentier es indiscutiblemente uno de sus libertadores, la característica esencial de la historia latinoamericana ha sido y es el colonialismo: es decir, su dependencia a centros de poder situados en el exterior... La literatura latinoamericana sin embargo ha dejado de ser dominante, impone una supremacía aceptada hoy en casi todos los idiomas del mundo. Es decir, la literatura latinoamericana ha dejado de ser colonia; y es libre". ("El Gallo Ilustrado", Suplemento Dominical de *El Día*. 18/IV/1980.)

En el mismo número del suplemento de *El Día*: La IPS fecha en La Habana (18 de mayo) palabras de Nicolás Guillén que, como Carpentier, ha entregado a la revolución de su país su pensamiento y su acción:

“Carpentier ilustra con su existencia, con su talento y’ su saber -dice Guilién-, uno de los periodos más interesantes de nuestra historia cultural, el que abarca los años 20 de este siglo en nuestra isla. Lo ayudó en esta gestión su poder de inventor, de hacedor de mundos, de engendrador de seres dotados de un pulso tan vivo como el de los que salen de nuestra carne y nuestro espíritu, y con ello, su vasta información que no atesoró para si, como un avaro, sino que ofreció el goce y conocimiento de quienes estaban a su lado y se ayudaban ayudándolo”.

Siguiendo el curso trazado por esta suerte de montaje informativo, apreciado lector, topamos con Miguel Angel Morales (“Diorama de la Cultura”, Exceisor, 4/V/1980), quien glosa las opiniones en torno al escritor cubano. Expresa: “Gabriel García Márquez señaló que la vida de Carpentier ‘será un ejemplo para todos los jóvenes escritores de América Latina’. Nicolás Guilién (...) manifestó su tristeza y pesar por la muerte del gran ‘Intelectual revolucionario’ ; mientras que el periódico Granma, comentaba: ‘Hasta las últimas horas que precedieron a su muerte estuvo trabajando infatigablemente por la revolución cubana’.”

Alejo Carpentier dejó una novela inédita e inconclusa: Verídica historia, que está basada en el cubano Paul Laforgue, quien llegó a casarse con una hija de Karl Marx y sobre el que había tenido una considerable cantidad de datos. Sin que haya severidad cronológica en la enumeración de sus principales obras, en seguida, siguiendo a Miguel Angel Morales (Ib.), citamos las que él consigna en su trabajo “La consagración de Carpentier”:

“En 1933, en Madrid publica su primera novela: Ecueyambao, donde describe las aventuras y desventuras de un negro que, después de asesinar a un hombre, huye a La Habana, donde se dedica a la santería. Después de esta obra, Alejo Carpentier se adentra en la historia del Caribe y da a conocer, El reino de este mundo (1949), que habla sobre la rebelión de los negros haitianos en el siglo XVIII y, en especial, sobre el extravagante monarca negro Henri Christopher.”

“ En 1953, aparece Los pasos perdidos, donde Aiej o Carpentier describe la derrota de un hombre culto, curopeizante y moderno en manos de una selva purificadora. (...) El siglo de las luces (1962) explora las aventuras del gesticulador Victor Hugues en el Caribe, y en El recurso del método (1974), el Primer Magistrado , novela muy criticada porque no aportó nada al tema del tirano latinoamericano.”

“Después vendrían Concierto Barroco y La consagración de la primavera (1978) (...) La consagración de la primavera, novela autobiográfica y en la cual Alejo Carpentier dejó el compromiso del escritor por la de dar un fresco y un panorama de los inicios de la Revolución Cubana.”

“Después de una novela como La consagración de la primavera, Carpentier se esperaba una obra de ‘ compromiso social ’. Sin embargo, no sucedió así. En 1979, apareció el arpa y la sombra, donde el tema principal es Cristóbal Colón y su posible canonización en el siglo XIX.”

En seguida de diversas consideraciones, Miguel Angel Morales, afirma que el máximo logro de Carpentier fue la novela titulada El acoso (1956). Esta novela, nos informa, fue débilmente parodiada por Guillermo Cabrera Infante en su novela Tres Tristes Tigres.

Frente a nosotros, lector amigo, se abre el libro titulado La imagen en el espejo, de Julicta Campos, ediciones de laUNAM; La autora, que es a la fecha Secretaria General del PEN CLUB de México, escribe hacia los años 1965 que “Alejo Carpentier es un novelista interesado en descubrir un sentido a lo americano, fuera de los viejos caminos del regionalismo, el folklore y la fácil exploración de lo pintoresco. Más que creador de personajes, Carpentier sugiere una atmósfera, quizás por eso no ha dado, hasta ahora, el gran personaje americano que pueda ocupar un sitio en el mundo de símbolos representativos donde han germinado los Segundo Sombra, Cantaclaro y Doña Bdrbara, acechados ahora por una aparición fantasma de muy otra naturaleza, Pedro Páramo”. Si tú lector adviertes la afirmación de la distinguida crítico literario, hallarás la respuesta contenida en la afirmación misma. Justamente, los Segundo Sombra, Cantaclaro y Doña Bárbara, proceden del naturalismo que Carpentier quería eludir y superar, Pedro Páramo tampoco es personaje en cuanto símbolo, sino, más bien, parte de un dilatado mural de ausencias en las cuales Rulfo ha mostrado su alta mano de escritor.

En otra parte de su trabajo, *Realidad y fantasía* de Alejo Carpentier, Julieta Campos expresa que “El reino de este mundo es un experimento con la imaginación sobre la realidad de América cuya historia es, para él, una crónica de lo real-maravilloso”. ¿Por qué buscar lo sorprendente, lo inusitado, en simples trucos que sólo consiguen emparentar cosas muertas, objetos sin sentido, a la manera surrealista, cuando aquí es la vida misma la que ofrece tan ricas posibilidades de poesía?”

La respuesta de Carpentier, apreciado lector, ¿no se hallará en manera implícita en estos breves trozos, de *Los pasos perdidos*?: “La joven crecía ante mis ojos a medida que transcurren las horas, al establecer con el ambiente ciertas relaciones que me eran cada vez más perceptibles (p. 86. México, Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones, S.A., 1949). “

“Veo cuán vanas son las especulaciones de quienes pretenden situarse en los albores de ciertas artes o instituciones del hombre, sin conocer, en su vida cotidiana, en sus prácticas curativas y religiosas, al hombre prehistórico, contemporáneo nuestro. (p. 139)”. “...somos conquistadores que vamos en busca del Reino de Manoa. Fray Pedro es nuestro capellán, al que pediremos confesión si quedamos malheridos en la entrada. El Adelantado bien puede ser Felipe de Utre. El griego es Micer Codro, el astrólogo. Y yo me otorgo, en la empresa, los cargos del trompeta de Juan de San Pedro, con mujer tomada a bragas en el saqueo de los pueblos... (p. 127)...”

En *El Acoso* (Buenos Aires, Editorial Losada, 1956), hallamos estos dos magníficos ejemplos, con los cuales ponemos fin a la presente carta. En las páginas 24-25 encontramos esta visión de raíz barroca hispana que nos es ofrecida por la descripción de la iconografía religiosa, donde la lengua se regodea en la representación de ambientes interiores: “Allí, colgados de rejas que les daban un marco carcelario, estaban las Vírgenes de los Dolores, traspasadas de puñales, con Santa Olalla sin senos, Santa Lucía ofreciendo sus ojos en copa, Santa Rosa amenazada por el Perro con aliento de azufre, y el Anima Sola, de muñecas encordadas, ardida por la llama de sus celos en infernal mazmorra”.

En las páginas 93 y 95, hallamos este llamamiento a los sentidos merced a lo sagrado como exponente máximo: “Una iglesia se iluminaba en la noche, rodeada de ficus -y de palmeras, rebrillando por todos los florones de su campanario blanco, más espigado sobre las luces que le salían de las gramas. Se le encendían los vitrales; se le prendían las púrpuras y los verdes del rosetón mayor. Y, de súbito, se abrieron las puertas de la nave, a cuyo altar resplandeciente de cirios conducía un camino de alfombras encarnadas. El acosado se acercó lentamente a la Casa ofrecida: pasó bajo la ojiva de uno de los pórticos laterales, y se detuvo, deslumbrado, al pie de un pilar cuya piedra rezumaba el incienso. Las manos buscaron el frescor del agua bendita, llevándola a la frente y a la boca. Sonó un órgano, levemente, como prueba de altos registros. Allá, plantada en un ara de encajes, se alzaba la Cruz, dibujada en claro por el cuerpo de Cristo (93). Cuando aquella gente acabó de marcharse, fue el silencio: un gran silencio ardido de luminarias que alumbraban levemente las imágenes santas: El Cristo en Epifanía, el Cristo Sangrante y el Cristo de la Cena de los Apóstoles cuyos barnices demasiado frescos estaban jaspeados de reflejos...” (95).

Nada mejor para terminar la presente que precisar que Jorge Luis Borges, pocos días antes del fallecimiento de Carpentier, mostró su inquietud por la continua desaparición de intelectuales que se oponen al gobierno de los militares en su país, Argentina. Borges, al saber la desaparición del ilustre cubano expresó: “Nuestro deber es pensar menos en la muerte y más en la circunstancia de la obra que, en este caso, es perdurable y gloriosa”.

Y así, con Luis Cardoza y Aragón (*ibid*) reconocemos que hombres como Alejo Carpentier se ligaron lúcidamente a su pueblo. “Se reconocieron en una revolución verdadera, cercada de tiburones y pirañas. Lo real maravilloso, lo verdaderamente real maravilloso, lo maravilloso, Carpentier lo percibió instantáneamente: la Revolución cubana”.

Y sin más que añadir por el momento, apreciado lector, recibe las demostraciones de afecto de tus amigos y servidores.